

¡TIERRA TRÁGAME!

Una novela de

*Martina
Minkoff*



¡Tierra trágame!

Martina Minkoff

©2015. Martina Minkoff. Todos los derechos reservados.

Tabla de contenido

[Adiós cubos estelares.](#)

[Una Audrey Hepburn de pacotilla.](#)

[Y yo con este moño.](#)

[Borregos.](#)

[La tortilla se da la vuelta.](#)

[La noche de los horrores.](#)

[¡Yo no he sido!](#)

[Me quiere, no me quiere...](#)

[Con las manos en la masa.](#)

[Dulce Navidad.](#)

[Sobre la autora](#)

Adiós cubos estelares.

Monedero. Pintalabios. Rímel. Kleenex. Peine. Espejito. Mi boli de la suerte. Pastillas de menta. Móvil. Y las llaves. Listo. Cerré el bolso y me miré por enésima vez en el espejo de la entrada para insuflarme ánimos y comprobar que estaba impecable. Y la verdad es que lo estaba. Ni mi madre se lo hubiera creído al verme de tal facha: un severo moño al que había aplicado lo menos un bote de laca, un modesto collarcito de perlas (falsas), una blusa vaporosa color champán (Isa hubiera dicho que era simplemente amarillenta), falda clásica azul marino justo por encima de la rodilla, y por último y para contrarrestar el aspecto de señorita Rottermeier que me daba todo el conjunto, unos alegres taconazos de 10 centímetros y del color de moda de la temporada: coral (Isa hubiera dicho que eran simplemente rosas). Todo nuevo y con pinta de caro, aunque nada lo era. Se trataba del resultado de una exhaustiva tarde de compras en el Zara y los cajones de liquidaciones del Corte Inglés. El bolso donde acababa de meter mis pertenencias lo había encontrado en la tienda de los chinos de debajo de mi casa, y daba el pego total: según Richi, que entiende mucho de diseñadores (aunque, como yo, no haya visto un Manolo Blahnik más que en las reposiciones de *Sexo en la ciudad*), imitaba a la perfección el estilo de los Ferragamo. Eso, claro, si no leías la etiqueta "Made in Taiwan" en el bolsillo interior. En definitiva y para qué negarlo, estaba hecha una impostora, un fraude total. Bajo aquella fachada de ropa impecable pero más falsa que un billete de tres euros se escondía la misma que hasta hace dos días servía cafés en el Starbucks. Suspiré frente al espejo y sacudí la cabeza para disipar aquellos pensamientos tan negativos. Resulta-

do: un mechón fugitivo se me soltó del moño. Regresé sobre mis pasos hasta el baño para recoger unas cuantas horquillas de repuesto: la ensaimada aquella que llevaba en el codo iba a necesitar más soporte y estructura de apuntalamiento que la Sagrada Familia.

Era mi primer día de trabajo y no podía llegar tarde. Pero una de las ventajas de aquel nuevo puesto era lo cerca que quedaba de mi casa, tramo que podía cubrir fácilmente caminando. Aunque lo de "fácilmente", con aquellos tacones tan monos y tan rematadamente incómodos, estaba por verse. El Starbucks también me quedaba cerca. Era esa una de las pocas ventajas de aquel puesto, que gracias a dios quedaba ya enterrado junto a muchos esqueletos más en el pasado de mi existencia. Al Starbucks iba en bici, cosa que me podía permitir ya que la política de la empresa dejaba a sus empleados ir en zapatillas y vaqueros si así lo deseaban. O con atuendos más... más... "originales", por decir algo: sin ir más lejos ahí estaba Richi, uno de mis mejores amigos y compañero de desgracias en el Starbucks, que parecía un queso Gruyere de la de piercings que llevaba en la cara, y en otras partes de su anatomía, que ahora mismo prefiero no imaginar. Yo los vaqueros viejos y las Converse gastadas las ocultaba con facilidad con el delantal (que además, me iba enorme) y tras el mostrador que nunca abandonaba, y lo mismo con el pelo: confieso con cierta vergüenza que en los días del Starbucks mi melena veía el champú con la misma frecuencia que pasa el cometa Halley. Total, la gorra aquella que nos encasquetábamos lo mismo podría haber ocultado una cresta verde que una alopecia galopante, y nadie se hubiera dado cuenta. Ahora que lo pensaba, la "libertad de expresión corporal" (o sea, la licencia para ir hechos unos espantajos) en la política de empresa era otra ventaja más de trabajar en el Starbucks, junto, como ya he señalado, que me quedaba a un tiro de piedra de mi piso. Y a eso había que sumar que allí trabaja-

ba Richi y con mi mismo horario, lo cual hacía la jornada muy llevadera: Richi es la persona más positiva y alegre que conozco, así tenga que servir trescientos *lattes* con leche de soja al día.

“Cubos estelares” era el nombre que le dábamos al Starbucks, por nuestra manía de traducirlo cualquier nombre anglosajón, porque sí y porque nos hacía más gracia. No olvidemos además que Isa y yo habíamos hecho hispánicas y por tanto tirábamos hacia lo castizo y defendíamos a capa y espada la lengua de Cervantes ante la invasión abrumadora de anglicismos siempre que había ocasión. Así, a Tom Cruise le llamábamos Tomás Crucero, a Michael J. Fox, Miguel J. Zorro, al Windows, Ventanas, y en fin, así con todo.

El caso es que no había puesto aún un pie en la nueva agencia y ya echaba de menos mi trabajo anterior. Pues sí que estábamos bien. Intentando emular el espíritu optimista de Richi, me centré en el maravilloso universo de oportunidades que este nuevo puesto iba a abrir ante mí. Yo, trabajando como flamante redactora en una agencia publicitaria. Y todo se lo debía a Isa, no sé qué hubiera hecho sin ella (bueno, sí lo sé: seguir sirviendo *macchiatos* hasta llegar a ser una octogenaria con zapatillas Converse tras el mostrador de un Starbucks).

Isa es mi mejor amiga: nos conocemos desde parvulitos, ahí es nada. Fuimos al colegio juntas, al instituto juntas, y a la universidad juntas. Las dos estudiamos filología hispánica, carrera inútil donde las haya, ya que a mí, como ha quedado claro, me había servido para acabar viéndomelas a diario con la máquina del expreso, por mucho que pudiera recitar “La vida es sueño” de Calderón mientras silbaba el pitorro de la leche y nadie podía oírme. A Isa, que era mejor estudiante que yo, tampoco le había ido mejor, y ante la perspectiva de ponerse a limpiar escaleras con su madre

(que es un oficio muy digno, ojo, el problema es que Isa no aguanta a su madre), decidió encerrarse a cal y canto a prepararse unas oposiciones. Hacía ya semanas que no la veía y aún no había podido agradecerle en persona lo del puesto. Antes de desaparecer engullida por montañas de apuntes y tochos de temarios, Isa había hecho un trabajillo como traductora *freelance*, o sea, independiente, en Whittaker & Phillips, una ultramoderna agencia de publicidad de la que no decía más que maravillas: que si el ambiente era guay, que si la decoración era la pera, que si los empleados cobraban un huevo, que si los incentivos eran la hostia, etc. etc. (todo esto, que quede claro, son palabras textuales de Isa, que por mucha carrera de filología que tenga también tiene la lengua más suelta que un camionero). El caso es que a Isa se le acabó el proyecto y el chollo, y haciendo gala de un espíritu sacrificado (o masoquista) se puso con las opos, no si antes comentarme que en Whittaker & Phillips andaban buscando un redactor en el departamento creativo. Yo, según Isa que me quiere mucho, daba la talla.

Llevo escribiendo cuentos desde el Pleistoceno, es verdad, pero dudaba yo de que la calidad literaria de estos me ayudara para aterrizar en un puesto como el que me describía mi amiga. Mis cuentecillos, si bien no me iban a ganar un Pulitzer, servían para echarnos unas risas los sábados por la tarde en mi casa antes de salir de marcha. Metíamos unas pizzas en el horno, sacábamos unas cervezas, nos acomodábamos en el sofá o por el suelo y Richi me pedía el "material" nuevo de la semana para leerlo en voz alta, pues era el que le echaba más gracia y el que mejor pronunciaba, y eso que un piercing le atraviesa la lengua y un aro le cuelga del labio inferior. Bien mirado tenía más mérito él recitando que yo redactando.

En fin, mis amigos recibían cada sábado mis historias con regocijo (no es que los sobornara yo a base de cervezas para que escucharan, de verdad) y me animaban siempre a que me tomara lo de escribir más en serio. Pero claro, ¿qué iba a hacer yo? ¿Mandar mis manuscritos a Planeta o Alfaguara y convertirme en el hazmerreír de la empresa editorial con mis historias de medio pelo? No, gracias. ¿Encerrarme a lo García Márquez con *Cien años de soledad* (o sin ir más lejos, como Isa con los temarios) hasta sacar a base de sudor y lágrimas la obra cumbre que me rescatara del anonimato, del oprobio y de paso de la pobreza? Tampoco me atraía la idea. Yo soy de las que si se tiran dos días sin pisar la calle se deprime, se derrumba y tiene la certeza que de ahí a morir sola, en bata y rodeada de gatos, hay solo un insignificante paso. El caso es que seguía como siempre, o sea, con mi puesto de barista (una palabra muy snob para dar a entender que era camarera de las de toda la vida), escribiendo en mis ratos libres y compartiendo el resultado con la pandilla, que modestia aparte y aunque quede mal decirlo, quedaba encantada con el resultado. Nuestro particular club de lectura distaba mucho de la imagen prototípica que uno pueda hacerse (amas de casa amargadillas compartiendo té y suspirando por las aventuras pseudo eróticas de la protagonista de la novela de turno): aquella tarde sin ir más lejos, cuando Isa sacó a colación lo de Whittaker& Phillips, Richi se acababa de atragantar de la risa en un fragmento de mi cuento y le salía la cerveza por la nariz, el Locomías (de quien ya hablaré en su momento) estaba aprovechando el paréntesis para fumarse un porro en el balcón, y la Sole (última integrante de nuestro selecto círculo) andaba en la cocina buscando otra bolsa de patatas fritas.

-Mariola, tía, deberías pedir el puesto, por intentarlo no pasa nada -insistía Isa por enésima vez.

-Di que sí, tía, que escribes dabuten -este era el Locomías, que a pesar de andar en el balcón y con el porro, daba muestra de una envidiable habilidad de coordinación o *multitasking*. Isa volvió a la carga:

-Mira, hacemos esto: me imprimes tu currículum y me das unas cuantas muestras de tus cuentos, y yo el lunes los llevo a la agencia. Es mi última semana allí y luego ya no vuelvo: lo tomas o lo dejas.

Y a regañadientes, lo tomé. No sé si fueron las cervezas que ya me había metido entre pecho y espada y me habían inflado ánimos, o las palabras reconfortantes del Locomías (quien calificaba mi literatura con epítetos tan valiosos como "molona", "chachi", o "pa cagarse"), o la reacción ante la lectura de Richi, que invariablemente acababa muerto de risa, o de la Sole, quien víctima de la tensión y el intríngulis del argumento se acababa comiendo ella sola mis existencias de patatas y ganchitos. Y no olvidemos los argumentos esgrimidos por Isa, quien por otro lado era la que más sentido común tenía del grupo, o de hecho la única que lo tenía. Me aseguró y requete aseguró que el puesto de redactora que buscaban llenar no requería experiencia, pero sí buena actitud, motivación, predisposición al trabajo en equipo, y sobre todo un uso impecable de la ortografía y la gramática, cosa que, gentileza de la ESO y de un sistema educativo permisivo y deficiente, parecía ser más difícil de encontrar que un trébol de cuatro hojas en el desierto de Atacama. Total, que me dejé engatusar y antes de salir todos de marcha como un sábado cualquiera le confié a Isa una carpeta con lo que me había pedido. En cuanto pisamos el primer antro me desentendí de todo aquello: recuerdo que sonaban los Celtas Cortos, todo un clásico, y cuando oigo a los Celtas Cortos me pongo lela.

Cuando a los pocos días recibí una llamada del departamento de recursos humanos de Whittaker& Phillips casi me

caigo de culo y me quemo con el pitorro de la leche que en aquel momento andaba manipulando. El Starbucks estaba hasta los topes y le tuve que pedir a Richi que se hiciera él cargo solito mientras atendía al móvil en la trastienda. A pesar del ruido, que una cortinilla de lienzo no conseguía atenuar, me llegó claro el mensaje de la directora de recursos humanos, una mujer súper simpática, súper eficiente, y a la que sin saber por qué le atribuí desde mi lado de la línea telefónica una imagen súper maquillada y súper convencional: a los del equipo creativo de Whittaker& Phillips les habían encantado mis cuentos y a pesar de mi falta de experiencia en la industria de la publicidad, habían decidido contratarme. No necesitaba pasar por una entrevista previa: el puesto era mío, si bien se trataba de algo provisional. Tras un periodo a prueba, de ser este exitoso, se llegaría a la resolución de contratarme de manera fija, con un sueldo anual que ahora y aquí me da reparo repetirlo. Solo diré que la mención de la cifra en boca de la súper directora de recursos humanos hizo que me temblaran las rodillas y cayera de culo, ahora sí, sobre una caja atestada de vasos de papel. Lo tomaba o lo dejaba. Otra vez en esa disyuntiva. Pero me fue muy fácil decidirme, o fue el numerito de marras más bien el que decidió por mí. Con ese número mágico en mente, ese sueldazo que jamás me iba a sacar en el Starbucks aunque sirviera lattes a una legión napoleónica a diario, acepté, claro que acepté. Me despedí de mi interlocutora con la promesa de estar puntual en las oficinas de Whittaker& Phillips de ahí a una semana y corrí al mostrador, donde Richi estaba agobiadísimo preparando un chai grande con mitad de leche de soja y mitad semi-desnatada a una niña pija que le miraba asqueada los piercings y los tatuajes. Le solté la noticia de sopetón y nos pusimos dar brincos como posesos, dejando a la pija y a su chai con un palmo de narices.

De esa guisa nos encontró Miguel, o Miguelón, el gerente del Starbucks, y no me quedó otra que armarme de valor, llevarlo a la trastienda y darle también la noticia: dejaba el trabajo por una oportunidad nueva. Me guardé de decir “mejor” y por supuesto de mencionarle mi futuro sueldo, que tampoco era cuestión de refrotarle en la narices que iba a ganar más que él. Miguel, a quien llamábamos Miguelón cuando no había clientes a la vista, era un buen tipo y a todos nos caía bien. Miguelón reaccionó como me lo esperaba: me dio un abrazo de oso (el sufijo en su nombre no era en vano) y me dijo henchido de orgullo “esa es mi niña”. Casi se me cae la lagrimita. A pesar de la hora punta de la mañana y de que el Starbucks estaba atestado, nos sacó a Richi y a mí al patio posterior (donde los empleados salían a fumar en los descansos sin más testigos que el contenedor de basura y algún gato despistado) y nos ofreció uno de sus Marlboros, “para celebrarlo”. Por si esto fuera poco, sacó de la trastienda una botella de champán que había quedado del último cumpleaños y la descorchamos al gritito de alegría, alegría, procediendo a beber a morro, y es que ninguno de nosotros éramos muy sibarita. Eso sí, Miguelón seguía siendo el gerente y como tal debía dárseles de responsable, y no olvidemos que el reloj no marcaba ni las nueve de la mañana. Así que nos tuvimos que conformar con un sorbito y un par de caladas más, y regresemos como si tal a nuestros puestos. A pesar de lo breve, había sido un detallazo por parte de Miguelón. Superándose a sí mismo, el que hasta ese día había sido mi jefe fue más allá de los cigarros y el champán: me dijo que tras mi jornada diaria no hacía falta que volviera. Él se encargaba, no obstante, de que recibiera mi paga íntegra de la semana. Podía tomarme lo que quedaba de esta para prepararme para mi nuevo puesto, o para ir de compras y hacerme con un atuendo más apropiado, cosa que dijo acompañando sus palabras de una mirada de arriba abajo hacia mi persona que lo decía todo.

Seguro que en Whittaker& Phillips no iba a tener un jefe como Miguelón. Ni compañeros como Richi. ¿Y si me estaba equivocando con mi decisión? Ni todos los sueldos del mundo podían pagar la camaradería y los buenos momentos que compartíamos en aquel lugar, por lo demás anodino e insustancial. Y había otros alicientes en los cubos estelares, o bueno, quizá solo uno más, pero qué aliciente, madre mía qué aliciente: me refiero al buenorro. “El buenorro”, a falta de otro apodo mejor (simple, sí, chabacano, también, pero sobre todo gráfico y descriptivo), era el nombre con el que Richi y yo habíamos bautizado a un cliente habitual que llegaba todos los días a las 9:25 de la mañana y pedía religiosamente siempre lo mismo: un caramel macchiato doble con leche entera. El buenorro pagaba su consumición y sin mirarnos ni a Richi ni a mí se alejaba caminando calle abajo envuelto en una bruma de misterio y dejándonos a los dos suspirando y con un palmo de narices. Richi y yo hacíamos apuestas a a ver qué llevaría el buenorro puesto esa mañana (y es que el buenorro, sin ir pijo, vestía muy bien: a Richi le volvían loco unos pantalones más justitos de la cuenta que se ponía en contadas ocasiones, y a mí me fascinaba verlo con una chaqueta vieja de pana que usaba en los días fresquitos), y nos picábamos para ser quien le atendiera en cuanto llegaba al mostrador. Pero era todo en vano. Por mucho que desplegara ante él la mejor de mis sonrisas, por mucha caída de pestañas previamente ensayada ante el espejo (vale, lo reconozco con vergüenza, y qué), y por mucho mimo y esmero que pusiera en los malditos macchiatos, que me salían que ni a Ferrán Adriá, el buenorro no se había dignado siquiera a mirarme a la cara en el año y pico que llevaba yo tras el mostrador. No creíamos que fuera gay (al menos eso hubiera sido un consuelo), o eso aseguraba Richi, que decía que por mucho que a él le pesara, el buenorro “no entendía”. La que no entendía era yo. ¿Qué le hubiera costado al buenorro dar-

me las merecidas gracias, o dedicarme un atisbo de sonrisa, que seguro que era preciosa aunque esto por desgracia quedaba relegado al dominio de mi imaginación? Bah. Deberíamos cambiarle el nombre y en vez de buenorro llamarlo no sé, "el borde", "el pasota" o "el ahí te den". Claro que quizá me estaba pasando un pelo: ¿quién me decía a mí que la actitud fría del buenorro no se debía a un terrible desengaño o a una situación vital difícil y dolorosa? Quizá su anegada madre andaba en el hospital y él se partía el lomo en un trabajo mal remunerado para pagarle las facturas. Igual a él mismo le habían pronosticado una enfermedad incurable y le quedaba un mes de vida. O su novia lo había dejado por su mejor amigo, el mismo que le había robado los planes de la empresa y ahora se paseaba en yate por Marbella. Igual su gato se había suicidado. O igual simplemente tenía almorranas. Yo qué sé.

Pero volviendo a donde estábamos, me convencí de que en Whittaker& Phillips echaría de menos la visión diaria del buenorro, quien por cierto, ese día todavía no había atravesado la puerta de los cubos estelares. Miré la hora en el móvil: las 9:30. Qué raro. ¿Y si había entrado justo cuando andábamos todos en el callejón, y ese día se había tenido que largarse sin su macchiato? Lo que le faltaba al pobre, con lo que llevaba encima: la madre, el gato, la novia... vale, vale, eso eran solo imaginaciones mías. El caso es que el buenorro o no llegaba, o peor, ya se había ido, y recordé entonces con horror que aquel era mi último día en los cubos estelares y por tanto aquella mi última oportunidad de regalarme los ojos con su apolínea visión. ¡Nooooooo!. Me dio un ataque de pánico y compartí mis peores temores con Richi, que despachaba en ese momento un chocolate y casi se achicharra por mi culpa.

-Tranqui, Mariola, no te me pongas histérica. Mira tú, hablando del rey de Roma...